

Myricoides Rothea

Virginia Fernández Brescia



Capítulo 1

A mi jardín volvieron las mariposas. No las de la primavera, esas eran imposibles en la época del año en la que estábamos, sino aquellas que compré en aquel vivero hacía no recuerdo cuantos años. En varias ocasiones estuve a punto de deshacerme de la planta, macetero incluido, regaba casi a diario aquel palo seco esperando que se obrara el milagro y aquí estaban las primeras, ya cuando casi había desistido, totalmente desacertadas para aquella época del año. Encontré en una de las ramas a las malditas algodonas que solían pegarse a las ramas más altas y comerse a mis preciosas amigas. Siempre me había fascinado la manera caprichosa que tiene la naturaleza de abrirse paso, los pétalos de color añil, casi brillantes con aquella forma caprichosa y los estambres, emulando a otra especie para sentir así la atracción de unos bichos que en realidad no formaban parte de su clan pero que protegían con su acercamiento su supervivencia. Recogí las tijeras del suelo, aquellas que me regalaste en una de las múltiples visitas a los gardens de la costa. Me mirabas con pasmo mientras yo me extasiaba con las crasas con forma de orejas de conejo y me decías que no entendías mi hobby y yo me encogía de hombros mientras con una sonrisa tímida acariciaba los sedums. Las tijeras eran malas y baratas, tenía otras tantas guardadas. Estas no cortaban, aunque no las tiré, las guardé de recuerdo.

Abrí el cajón para volver a colocarlas en su sitio, me quité los guantes, les sacudí la tierra, los metí aprisionados dentro de una de las macetas de plástico y entré de nuevo en casa. Puse música en el inalámbrico y me metí en la ducha. Sonó Queen con su Bohemian. A las seis tenía que estar con la cuadrilla y eran ya las cinco y media. Me enjaboné en dos minutos, me aclaré, me vestí a trompicones y salí pitando de casa. Adela, la vecina me interceptó en el rellano, le pregunté por cortesía si se sabía algo ya de su marido. Ay, ojalá salga de esta me dijo y comenzó una charla acerca de la vecina del quinto, la del niño que está aprendiendo a tocar la caja y no la deja dormir la siesta, y de lo mala que está ella de la tensión desde que no estaba su Antonio y del miedo que le daba el vecino del tercero que ella estaba segura que tenía algún trapicheo y que trataba fatal a la novia y bla bla bla... mientras hablaba me enganché sin remedio al recuerdo del sonido de la caja, que me recordaba a los tambores, esos que escuchamos cuando fuimos a aquel festival mientras estábamos con la cuadrilla de vacaciones. Seguro que ya ni te acordarás de nuestros pulmones retumbando ni de las cosquillas en las muñecas por aquellos golpes que se acoplaban donde en aquel momento yo pensaba que había vida. Movías las caderas, saltabas, cantabas en un idioma desconocido para mí y entonces me rondaste, me agarraste por la cintura, se oyó algo parecido a un redoble, tu cuerpo parecía el de una figura jugando a ser contorsionista, me miraste a los ojos y me echaste el conjuro. Te juro que sentí el maleficio en mí en aquel momento desoyendo a mi cerebro reptiliano y a mi consciencia. Te acercaste y me mordiste el labio inferior. Adela me mira. Está callada. Saco el móvil del bolsillo mientras balbuceo

que se me está haciendo tarde, que los de la cuadrilla me esperan. Le digo que espero y deseo que Antonio vuelva pronto y bajo galopando las escaleras. Llevo el pelo aún mojado y por la noche ya refresca. No llevo chaqueta, me gustaría decirte que soy un desastre, pero tú ya lo sabes, me lo dijiste muchas veces. Si te pusieras tanto empeño a ti como le pones a ese puñetero jardín... me avisabas, y yo me enfurruñaba. Paso por las calles, escuchando el sonido de mis pies contra el suelo adoquinado, mi bolsillo vibra con varios wasap de amigos seguramente troleándome y preguntándome si he dejado a buen recaudo la manguera. La manguera; eso sí que hacía una fiesta, ¿recuerdas? Los días en los que no odiabas todo y te podía dar la vara de mando del barco, que así lo llamabas tú por la forma extraña del terreno. Entrabas con una rama alzada, improvisabas un disfraz de pirata, me pintabas bigote con los tizones de la barbacoa y jugábamos a hacer como si estuviésemos en una tormenta, subiéndote a la pérgola, mientras mi ego aprensivo clamaba a todos los dioses que existen para que no te hicieras daño y yo ponía a tope los aspersores para emular la lluvia. Agarrabas las tapas de las latas vacías que usaba como maceteros y las aporreabas mientras decías que eran truenos. Y acabábamos empapados, por fuera y por dentro, revolcándonos en el barro, tú arañando mi piel y yo curando tus lágrimas que no se me escapaban aunque me dijeras que eran gotas de tormenta. Impúdicos y casi desvergonzados a que los vecinos pudieran ver la poca carne que no cubría el fango. Mi móvil vibra ahora más rápido es Alvaro. ¿Dónde te has metido? me increpa, no me digas que estás todavía de florecitas, estamos todos ya esperándote. Apresuro mis pasos y balbuceo excusas relacionadas con Adela la vecina. Apago el móvil, ya veo a la cuadrilla y a ti. Más mariposas, éstas son de las malas. Negras. Tu brazo se engancha al del imbécil de Jorge. Ese que me llevaba a todos esos conciertos a los que en realidad me importaba una mierda ir y a los que asistí intentando que lo nuestro volviese a brotar. Sonrías con cara de lástima, y me repito mentalmente mi mantra: a la mierda.